

Confesión

Joel Orozco González*



El borracho, 1911-1912, Óleo sobre lienzo, 85 x 115 cm / Marc Chagall

Sí, oficial, vengo de un pueblo de allá del sur de Jalisco, un pueblo chico que se oculta entre montañas, donde el aire es viejo, triste y conmovedor como todas las cosas que ahí habitan. Ese viento que se escucha en las noches de total abandono rasguñando las peñas, sacando un polvo delgado que a veces nos impide respirar. Si usted lo conociera, créame que no le gustaría pasar algunos días allí. Yo no me atrevo a dejarlo porque en ese lugar está mi vida, ahí nací, crecí y moriré; ahí tengo mi rancho, mi Padre me lo dio antes de fallecer. Él me enseñó a trabajar con estas manos, vea mis manos señor, están viejas, arrugadas y cansadas de tanto labrar la árida tierra que en ese lugar se pisa, esa greda blanquecina que demuestra lo poco que llueve, es tan dura para meter la rastra, para sacar un poco de maíz o frijol. El galopar de los caballos hace eco en todo el pueblo, uno se da cuenta cuando los animales andan rumiando en busca de algo que comer.



La mujer-ave, 1958-1961, Óleo sobre lienzo, 108 x 159 cm / Marc Chagall

Las mujeres son viejas, de cabelleras canosas, sus ojos demuestran cansancio de tanto esperar esa muerte que les ha de llevar a un lugar mejor, a un paraíso fuera del pueblo. Ellas no duermen, siempre escuchan las ánimas de sus difuntos vagar por las calles, lamentarse en las esquinas y los cascots de los cuacos sonar a lo largo de la madrugada. Yo nunca he escuchado eso, porque mi hacienda está alejada del pueblo, pero me han platicado que en las noches el pueblo tiene más vida que en el día.

Los hombres han abandonado a sus mujeres a merced de la soledad, por lo regular ellos viajan aquí, a la capital, a buscar mejor trabajo y salir de ese infierno que se llama *Comala* que se oculta entre los cerros ya desgastados por lo recio del viento. Yo no sé por qué todos los peones se me han ido si les pago retbien, solamente castigo a los huevones que no sirven para la chingada.

Antes de venir para acá dejé encargado de todos los asuntos a mi único hijo.

—Oye Miguel, le dije. Voy a salir de viaje por un buen tiempo... Es hora de que tú te encargues de todo, ya estás crecido para que manejes mis bienes.

Mi hijo se me quedó viendo, la noticia lo tomó por sorpresa.

—¿A dónde vas papá? Lo miré y por un momento me vi reflejado en él.

—Voy a la capital...

Unas gotas de sudor recorrieron sus sienes.

—No me digas que a eso que tanto me has platicado.

—Sí, mijo, voy a poner en su lugar a ese hijo de la *chingada* que anda escribiendo cosas falsas de nuestra familia, a ese que anda calumniando nuestro apellido

y que cree saber cuál es el futuro mío y de nuestro pueblo. A ese mequetrefe que inventa que yo tengo un hijastro y una gran sarta de cosas, que yo me acuesto con todas las mujeres de este pueblo.

—Si ya lo tienes decidido... —me dijo tomándome la diestra.

Le di un fuerte abrazo y antes de separarme le murmuré al oído:

—Ya eres todo un hombrecito...

Monté mi caballo y antes de salir al galope le grité.

—Si vienen a reclamarme que soy padre de tal fulano, díles que me morí y que tú eres mi único hijo y el heredero de todo.

Esa fue la última vez que vi a mi hijo y ahora estoy aquí en la comandancia, acusado de asesinar a un hombre borracho de *mierda*.

—Sí, oficial, soy culpable de haberle metido dos plomazos a ese escritor llamado Juan Rulfo. Lo asesiné porque me andaba levantando calumnias y poniéndome en ridículo ese hijo de la chingada allá en mi pueblo. Así como lo oye:

—¡Yo, Pedro Páramo, maté al pendejo de Juan Rulfo por andar de hocicón!

* Escritor (Chihuahua, 1987). Primer lugar a nivel regional en la categoría de cuento (2004-2005), y Premio Publicaciones (2009) en Chihuahua. Participa en diversos talleres literarios; Coautor de *Palabras circulares*. Profesor en diferentes niveles educativos.

Fecha de recepción: 2013-11-09

Fecha de aceptación: 2014-05-05